

OPINIÓN

EL OCCIDENTAL
Sábado

11 de octubre de 2014

Tel: 36 13 06 90 Ext. 180

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

Masacre de Iguala: de la barbarie a la esperanza

Cuando los efectos de la “guerra contra el narco” —que declaró el presidente Felipe Calderón a los cárteles de la droga, en diciembre de 2006— comenzaron a hacer estragos en el norte del país (desapariciones forzadas, muertes violentas por ejecuciones extrajudiciales, tortura, extorsiones, decapitaciones...), el periodista Sergio Sarmiento entrevistó a Carlos Monsiváis; ante la pregunta sobre cuál sería la solución para contener los dramáticos índices de violencia registrados en el país (en 2008), la respuesta del célebre escritor fue reveladora: “No tengo la menor idea”.

Durante la última década, en efecto, la escalada de violencia en nuestro país ha ido en ascenso. Aunque los focos rojos siguen situándose en regiones geográficas específicas (Tamaulipas, Baja California, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Sinaloa, Michoacán, Veracruz y Guerrero, entre otros), las células de los cárteles de la droga siguen permeando y operando en el resto del país, en mayor o menor grado (la batalla por el control de “plazas”). El recrudecimiento del desempleo, la desigualdad social, la pérdida del poder adquisitivo y la falta de oportunidades, son quebrantos que se suman a la crisis. En un país donde se estima que sesenta millones de mexicanos viven en extrema pobreza —siete de ellos, jóvenes que no estudian ni trabajan—, el escenario en comento es, por decir lo menos, infortunado.

Hoy, por desgracia, los reflectores de los medios de información nacionales e internacionales tienen su foco en Iguala, Guerrero. El secuestro, asesinato, mutilación y entierro en fosas clandestinas de decenas de jóvenes normalistas, perpetrados por la Policía Municipal de Iguala en colusión con sicarios del crimen organizado, es una de las páginas más aciagas de la historia reciente de México. Este suceso, que es causa de justificada indignación y de vergüenza, rebasa a los niveles de gobierno y partidos políticos: un Alcalde y su cuerpo policial involucrados en una masacre de estudiantes, en donde la consigna explícita es eliminar (asesinar) a los jóvenes manifestantes. Si esto no es un genocidio o delito de lesa humanidad, habría que llamarlo como un sinónimo.

Sobre esta masacre seguirán corriendo ríos de tinta. Entre los analistas que han abordado el tema, retomo al periodista Juan Villoro, quien advierte: “México está al borde de un estallido social si se sigue criminalizando a los jóvenes, en lugar de dotarlos de las herramientas mínimas para salir adelante (...). Es urgente reconstruir el tejido social y darle alternativa a los jóvenes, quienes necesitan tener opciones concretas, tener alternativas de trabajo, de estudio, gratificantes deportivos, morales, incluso religiosos que puedan permitirles tener un sentido de identidad y autoestima que no están teniendo, y por supuesto no verlos como un enemigo posible, sino integrarlos como lo que son, que es la

principal energía que tenemos para transformar este país” (<http://www.proceso.com.mx/?p=383376>).

En consonancia con lo anterior, considero que ante la amenaza de un estallido social en nuestro país, el Gobierno Federal debe destinar, entre otras acciones, una partida presupuestal extraordinaria en favor de una educación de calidad para los jóvenes, en el marco del Estado laico. Por otra parte, resulta apremiante el aumento del salario mínimo de los trabajadores, la reducción de los gastos corrientes de los funcionarios públicos —acorde con la justa medianía impulsada por el presidente Benito Juárez— en los tres niveles de Gobierno, el combate y sanción a la corrupción de todo funcionario, así como el destierro de toda impunidad. En otras palabras, el regreso de la ética al quehacer político.

Concluyo mi colaboración con el atinado análisis del maestro Villoro: “Mientras no reconozcamos que este es un país de multiculturalidad, vamos a tener un país roto (...). Se debe buscar una salida que incluya a los jóvenes en el rediseño de este país, porque eso sí es muy importante, si no el riesgo de descomposición social ahí está (...). Creo que es en la educación, en la lectura, en los libros donde está la posibilidad de cambiar a este país y crear un México diferente. Nada cambia tanto al país como lo que están leyendo los niños hoy en día... O lo que están haciendo”. Aún es tiempo. Ni más ni menos.